

☞ CAPÍTULO XVII. — ÚLTIMAS PALABRAS. ✕ ✕ ✕ ✕ ✕

Antes de mi salida para Europa, se produjeron en mi vida algunos acontecimientos que fueron otras tantas sorpresas para mí. De hecho, toda mi vida ha sido una sucesión de sorpresas. Yo creo que estas inesperadas exhortaciones deben llegarle siempre á aquel que se decide á dar todo cuanto puede á cada día de su vida; es decir, que se esfuerza en realizar con su conducta el máximum posible de vida desinteresada y útil. Compadezco al hombre blanco ó negro que nunca ha experimentado el goce que proviene de haber hecho más útil ó más feliz á otro hombre.

Seis meses antes de morir y aproximadamente un año después de su ataque de parálisis, el general Armstrong, manifestó su deseo de visitar Tuskegee todavía una vez antes de marcharse para siempre. Aunque no podía hacer uso de sus miembros paralizados, sus deseos fueron atendidos y le trasladaron á Tuskegee. Los propietarios del camino de hierro local de Tuskegee, ciudadanos de raza blanca, se ofrecieron á montar gratuitamente para hacer el transporte, un tren especial. Llegó el general á los terrenos de la escuela, cerca de las nueve de la tarde. Alguien propuso hacer al ge-

neral una recepción con antorchas. Ejecutóse en el acto la proposición y cuando su coche comenzó á rodar por terrenos de la escuela, pasó entre dos filas de antorchas de pino, mantenidas en alto por un millar de alumnos y maestros. El efecto era tan nuevo y tan sorprendente, que el general no cabía en sí de alegría. Permaneció en mi casa cerca de dos meses y aunque casi no podía servirse de su voz ni de sus miembros, apenas transcurrió una hora sin que imaginara nuevos planes con que venir en auxilio del Sud. Mil veces me repetió durante aquellos días que tanto como la de los negros, le interesaba al país la condición miserable de los pobres blancos del Sud. Aquella visita sirvió para que yo renovara mis votos de entregarme por entero á la causa que le apasionaba tanto. Me dije que si él, enfermo como estaba, todavía era capaz de trabajar, de pensar y de obrar, no debía yo mostrarme menos enérgico, tratando de realizar por todos los medios imaginables, los votos de su corazón.

A la muerte del general Armstrong, unos meses más tarde, debí el trabar conocimiento con uno de los hombres más nobles, más desinteresados y más llenos de simpatía que he tratado nunca. Me refiero al reverendo doctor Hollis B. Frissell, hoy director del instituto de Hampton y sucesor del general Armstrong. Bajo la dirección enérgica y casi perfecta del doctor Frissell, Hampton ha gozado de cuanta prosperidad y utilidad el general Armstrong le deseaba. Diríase que el esfuerzo constante de Frissell es ocultar su personalidad bajo la del general Armstrong — permaneciendo en la sombra, para bien de la causa porque lucha.

Si me preguntaran cuál ha sido la mayor sorpresa de mi vida, respondería sin vacilar: la carta siguiente que llegó á mis manos un domingo por la mañana,

mientras estaba en la *verandah* de Tuskegee, rodeado de mi mujer y mis tres hijos:

«Universidad Harvard, Cambridge, 28 Mayo 1896.

»*Presidente Booker T. Washington.*

»Muy señor mío: La Universidad de Harvard desea conferirle en la ceremonia de su *apertura*, un grado de honor; es costumbre, en la Universidad, no conferir estos grados más que en presencia de los interesados. Nuestra *apertura* tendrá lugar este año el 24 de Junio y su presencia nos sería necesaria desde el medio día á las cinco de la tarde. ¿Le es á usted posible hallarse en Cambridge, en esa fecha?

»Crea usted, etc.

CHARLES W. ELIOT».

He aquí una consagración con la que no había soñado nunca. No me cabía en la cabeza que de ese modo viniera á honrarme con un diploma una de las universidades más antiguas de América. Estaba sentado, con mi carta en la mano, los ojos llenos de lágrimas. Toda mi vida pasada; mi vida de esclavo en la plantación, mis trabajos en la mina, los días en que vivía sin comida y sin vestido, en que falto de dinero tenía que dormir sobre las aceras; mis luchas para procurarme una educación; los días de prueba en Tuskegee, cuando no sabía de qué lado volverme para encontrar un dollar que me permitiera llevar mi obra adelante; el ostracismo y á veces la ópresión de mi raza, todo, pasó por delante de mis ojos y puso el colmo á mi emoción.

Yo no había buscado nunca lo que en el mundo se llama *la fama*; no me había preocupado de ello. Siem-

pre la he considerado como una cosa de que es necesario servirse para hacer el bien. A mis amigos les digo algunas veces que me alegro de tener alguna notoriedad cuando puedo utilizarla como instrumento con que practicar el bien. Pero no la considero más que como un medio de ser útil; como se considera el dinero por el bien que nos permite realizar. Cuanto más tratos tengo con personas adineradas, más me convenzo de que van tendiendo á considerar su fortuna como un instrumento que Dios ha puesto en sus manos para realizar el bien. No entro una sola vez en la oficina del señor John D. Rockefeller (1), que en más de una ocasión ha sacado de apuros á Tuskegee, sin pensar estas cosas. La investigación ceñida y minuciosa á que se entrega siempre hasta asegurarse de que cada dollar que entrega, producirá la mayor cantidad posible de beneficios — investigación tan laboriosa y grave como si se tratara de colocar fondos en un negocio — me convence de que está fuertemente penetrado de su papel de gran administrador de la Providencia.

El 24 de Junio, á las nueve de la mañana, me unía al presidente Eliot, al comité de inspectores de la Universidad de Harvard y á los otros huéspedes, en el sitio indicado, dentro de los terrenos de la universidad, para dirigirnos luego, en procesión al teatro *Sanders*, donde iba á tener lugar la ceremonia de la *apertura* y dónde debían conferirme los grados de honor.

Entre los invitados á recibir un grado, se encontraban: el general Nelson A. Miles (1); el doctor Bell, in-

(1) Uno de los más ricos comerciantes americanos, presidente del poderoso *trust* de los petróleos; tan conocido por sus obras filantrópicas como por sus millones.—N. del T.

(2) General del ejército americano que se ha hecho popular por sus luchas contra los indios.—N. del T.

ventor del teléfono Bell; el obispo Vincent y el reverendo Minot J. Savage (1). Nos colocamos en fila, detrás del presidente y del comité de los inspectores. En seguida, llegó el gobernador de Massachusetts escoltado de lanceros, y ocupó su sitio en el cortejo al lado del presidente Eliot. Había en la procesión muchos otros funcionarios y profesores vestidos con toga y birrete. En este orden, nos dirigimos al teatro *Sanders*, dónde, después de los ejercicios de costumbre y de la distribución de diplomas, tuvo lugar la colación de los grados de honor. Al parecer, esta parte del programa es la que despierta mayor interés en Harvard. Nadie conoce á los agraciados hasta que aparecen personalmente para recibir los grados de honor. Entonces el público y los estudiantes les aclaman en proporción de su popularidad. Durante la colación de los grados son considerables la animación y el entusiasmo de la concurrencia.

Cuando pronunciaron mi nombre me levanté y el presidente Eliot, pronunciando una sobria y briosa alocución, me confirió el grado de «Licenciado en letras» (*Master of arts.*). Los que habían recibido grados de honor fueron invitados á almorzar, después de la ceremonia por el presidente. Después de almorzar, volvimos á formarnos en procesión y escoltados por el preboste del día, obispo William Laurence, recorrimos los terrenos de la universidad y varias veces fuimos aclamados por los estudiantes, recibiendo el *yell* (2) de Harvard. El paseo terminó en *Memorial Hall*, donde estaba servida

(1) Minot J. Savage es uno de los principales predicadores de la denominación unitariana en los Estados Unidos.—(N. del T.)

(2) El *yell* es un cierto grito tradicional que adoptan los estudiantes de los distintos colegios ó Universidades y que lanzan en los momentos solemnes para manifestar su alegría ó su entusiasmo.—(N. del T.)

la comida de los *alumni* (antiguos discípulos). No es vulgar el espectáculo de un millar de hombres que representan lo más selecto del Estado, de la Iglesia, de la Hacienda y de la Enseñanza, haciendo acto público, de lealtad y adhesión á una universidad, con el ardor y el entusiasmo que entonces caracterizaba especialmente á los antiguos discípulos de Harvard.

Entre los oradores que hablaron después de la comida, figuraban el presidente Eliot, el gobernador Roger Wolcott, el general Miles, el reverendo Minot J. Savage, el honorable Henry Cabot Lodge y yo. Cuando me concedieron la palabra, dije, entre otras cosas:

«En cierto modo sería una compensación á mi embarazo el crearme digno del honor que me habéis otorgado. No me corresponde explicar por qué me habéis sacado del fondo del *Black Belt* del Sud y del seno humilde de mi familia, para formar parte en los honores de esta fiesta. Y sin embargo, permitidme que os diga que una de las cuestiones capitales para el problema de nuestra vida americana, es poner en relación los fuertes, los ricos y los instruídos con los pobres, los ignorantes y los humildes, haciendo al mismo tiempo comprender á los unos la influencia vivificante de los otros. ¿Cómo, sino, hacer sentir á vuestros habitantes del Beacon Street, las necesidades y la miseria de los que viven en las sórdidas cabañas de las plantaciones de algodón de Alabama ó de las plantaciones de azúcar de Luisiana? Este es el problema que Harvard ha resuelto no rebajándose ellos, sino levantando hasta ellos á las masas.

»Si en lo pasado ha contribuído mi vida á realzar á mi pueblo y á mejorar las relaciones de vuestra raza con la mía, os aseguro que desde este momento, me consagraré á la labor con doble empeño.

»En este mundo, tal como Dios lo ha dispuesto, no hay más que una ley para que triunfen los individuos ó las razas. Nuestra nación entiende que toda raza debe ser juzgada según la ley americana. Aplicándola ésta ley, se conoce si una raza se realza ó degenera, si triunfa ó fracasa. Nada tiene que hacer el sentimiento en este punto. Durante el medio siglo en que vamos á entrar y por más tiempo todavía, si es preciso, mi raza quiere que se la someta á la dura prueba de los principios americanos. Y así se comprobarán nuestra paciencia, nuestra perseverancia y nuestra fuerza para soportar la desgracia, resistir á las tentaciones, practicar la economía, adquirir habilidad mecánica é industrial y saber aprovecharlas. Así se comprobará además nuestra capacidad para luchar y triunfar en el comercio, para despreciar lo superficial por lo real, lo aparente por la sustancia, para ser grandes, sin dejar de ser pequeños, instruídos permaneciendo simples, elevados en autoridad, pero en la voluntad servidores de todos.»

Como era aquella la primera vez que una universidad de Nueva Inglaterra confería un grado de honor á un negro, este acontecimiento provocó muchos comentarios en la prensa del país. Un corresponsal de un periódico de New-York, escribía:

«Cuando fué pronunciado el nombre de Booker T. Washington y éste se levantó, para recoger su diploma, estalló en la sala una salva de aplausos sólo comparable á la obtenida por el soldado y patriota, general Miles. Aquellos aplausos no eran aplausos convencionales, fríos, de simpatía y agrado; sino que traducían el entusiasmo y la admiración. Todo el auditorio se asociaba á ellos y pude ver en torno mío semblantes iluminados de alegría, que atestiguaban sincera admiración por los

esfuerzos del antiguo esclavo y por la obra llevada á cabo en bien de su raza.»

Un periódico de Boston publicaba este *suelto*:

«Al conferir el grado honorario de *Master of arts* al profesor Booker T. Washington, la universidad de Harvard se ha honrado á sí misma en la medida que honraba. La obra llevada á cabo por el profesor Booker T. Washington para la educación, civismo y desarrollo intelectual del pueblo negro, en los Estados del Sud, le da derecho á reclamar un sitio entre nuestros bienhechores nacionales. La universidad que puede contarle entre sus hijos, á título de estudiante efectivo ú honorario, debe sentirse orgullosa.»

«Se ha dicho que Washington es el primero de su raza en recibir un grado de honor de una universidad de Nueva Inglaterra. Esto solo constituye una distinción. Pero dicho grado no se le ha otorgado porque Washington es hombre de color ó porque ha nacido en la esclavitud, sino porque ha demostrado, en su obra para la cultura del pueblo en el *Black Belt* del Sud un talento y una amplitud de miras que constituyen la verdadera grandeza de los hombres, cualquiera que sea el color de su piel.»

Otro periódico de Boston, dijo:

«Harvard es la primera universidad de Nueva Inglaterra que confiere á un negro un grado de honor. Ninguno de los que conocen la historia de Tuskegee y su obra, puede dejar de admirar el valor, la perseverancia y el perfecto buen sentido de Booker T. Washington. Harvard ha hecho lo que debía, honrando al antiguo esclavo, cuyos servicios al país y á su raza, serán con el tiempo honrados en la Historia.»

El corresponsal del *New-York Times*, escribió:

«Todos los discursos fueron acogidos con entusias-

mo, pero el negro se llevó la palma oratoria y los aplausos que estallaron cuando terminó su alocución fueron prolongados y ensordecedores.»

Al poco tiempo de comenzar mi obra en Tuskegee, me había prometido á mí mismo, prestar al país tantos servicios con mi escuela, que el presidente de los Estados-Unidos, tuviera que venir á visitarla. Confieso que mi pretensión era temeraria; por eso, durante mucho tiempo, la guardé dentro de mi corazón sin atreverme á comunicarla á nadie.

En el mes de Noviembre de 1897, di el primer paso hacia la realización de mis deseos, obteniendo la visita de un miembro del gabinete Mac-Kinley, el honorable James Wilson, secretario de Agricultura. Vino á pronunciar el discurso en la inauguración solemne de nuestro pabellón de agricultura que llevaba el nombre de Slater-Armstrong y que era el primer edificio construído en grande escala para enseñar la agricultura á nuestros estudiantes.

Durante el otoño de 1898 supe que el presidente visitaría indudablemente Atlanta (Georgia), para tomar parte en las ceremonias del jubileo de la paz, que debía celebrarse allí para conmemorar el acabamiento afortunado de la guerra hispano-americana. Hacía entonces diez y ocho años que trabajaba yo en unión de mis maestros para tratar de fundar una escuela que fuera útil á la nación; resolví realizar un esfuerzo enérgico para obtener una visita del presidente y de su gabinete. Fuí á Washington y me dirigí sin pérdida de tiempo á la Casa Blanca. Cuando llegué á ella encontré llenas de gente las salas de espera y empecé á perder toda esperanza de ser recibido. De todos modos, tuve ocasión de hablar al señor J. Addison Porter, secretario del Presidente y le expliqué mi pretensión. El señor Porter tuvo

la bondad de enviar mi tarjeta directamente al presidente y á los pocos minutos, se me hizo saber que Mac-Kinley me recibiría.

¿Cómo puede un hombre ver á tanta gente, de tantas clases, con tantas solicitudes y llevar á cabo trabajos tan diferentes permaneciendo, sin embargo, sereno, paciente y fresco, como si empezase su jornada al recibir á cada nuevo visitante? Esto es lo que le acontecía al presidente Mac-Kinley y nunca he podido explicármelo. En cuanto vi al presidente, me dió amablemente las gracias por lo que hacíamos en Tuskegee para bien del país. Entonces le expliqué brevemente el objeto de mi viaje. Le di á entender que una visita del jefe de la nación, no solamente daría nuevos ánimos á maestros y discípulos, sino que sería útil para toda la raza negra en general. Pareció interesarle mi proposición, pero no me hizo ningua promesa de venir á Tuskegee, porque sus planes para el viaje á Atlanta no eran todavía definitivos. Me suplicó que volviera á hacerle presente mi petición, pasadas unas semanas.

Hacia la mitad del mes siguiente, el presidente había decidido definitivamente, asistir al jubileo de la paz en Atlanta. Volví á Washington y le visité para rogarle que alargara su viaje hasta Tuskegee. En esta segunda visita me acompañaba el señor Carlos W. Hare, un blanco notable de Tuskegee, que voluntariamente se había brindado á reforzar mi invitación con otra de todos los blancos de Tuskegee y sus contornos.

Precisamente pocos días antes de mi segundo viaje á Washington, el país se había conmovido y las gentes de color estaban descorazonadas á consecuencia de sangrientas luchas entre las dos razas que acababan de tener lugar en diferentes partes del Sud. En cuanto vi al presidente, pude comprobar que aquellos desórdenes le

habían preocupado en alto grado. Aunque aguardaban para visitarle, gran número de personas, me retuvo bastante tiempo para hablar conmigo de las condiciones y del porvenir de mi raza. Repitióme varias veces que estaba decidido á demostrar su fe y su interés en el porvenir de los negros, no solamente con discursos, sino con acciones. Cuando le manifesté mi creencia de qué en aquel momento nada podía reanimar la esperanza de los míos y el valor de mi pueblo como el hecho de que el presidente consintiera en hacer un viaje de cuarenta millas, para pasar algunas horas en una escuela de gentes de color, pareció profundamente impresionado.

Mientras estaba yo con el presidente, un ciudadano blanco de Atlanta, un demócrata, antiguo propietario de esclavos, entró en el despacho y el presidente le preguntó su opinión acerca de la oportunidad de un viaje á Tuskegee. Sin vacilar, el ciudadano de Atlanta le respondió que nada más acertado podía intentarse. Apoyó además esta opinión, la de un grande amigo de la raza negra, el doctor J. L. M. Curry.

El presidente prometió que visitaría nuestra escuela el 16 de Diciembre.

Cuando se supo que el presidente iba á venir, los blancos de la ciudad de Tuskegee, que está á una milla de la escuela, tuvieron tanta alegría como nuestros alumnos y nuestros profesores. Todos, hombres y mujeres, comenzaron sus preparativos para engalanar la villa. Formáronse comisiones que debían funcionar de acuerdo con nuestro consejo de administración, para que el distinguido visitante fuera dignamente recibido. Creo que nunca, hasta entonces, comprendí el interés que los blancos de Tuskegee y sus contornos tenían por nuestra institución. Durante aquel período de los pre-

parativos, vinieron á verme muchas personas para decirme que ellas no se atrevían á obrar por su cuenta, pero que se darían por dichosas si podían encargarse de hacer algo, aliviándome en mis ocupaciones. Y de hecho, lo que me conmovió casi tanto como la visita de nuestro presidente, fué la especie de orgullo que nuestra institución parecía inspirar á todos los ciudadanos de Alabama, sin distinción de clases.

En la mañana del 16 de Diciembre, rebosaba la pequeña villa de Tuskegee de una muchedumbre como nunca se había visto allí. Llegaron con el presidente, su esposa y todos los miembros de su gabinete, excepto uno solo; la mayor parte de ellos venían con sus mujeres ó con algún individuo de su familia. Había también muchos generales famosos, como el general Shafter y el general Joseph Wheeler, que acababan de volver de la guerra hispano-americana.

Abundaban por todas partes los corresponsales de los periódicos. La legislatura de Alabama, debía reunirse en sesión aquel día. Resolvió establecer una prórroga para poder visitar Tuskegee. Algunos momentos antes de la llegada del presidente y su séquito, había llegado dicha legislatura, llevando á su frente al gobernador y á otros muchos funcionarios del Estado.

Los ciudadanos de Tuskegee habían adornado profusamente la villa desde la estación hasta la escuela. Para ganar tiempo, nos decidimos á hacer desfilar toda la escuela delante del presidente. Cada estudiante llevaba una caña de azúcar con algunos botones de algodón abiertos en la extremidad. Detrás de los estudiantes podía pasarse revista á todos los trabajos de la escuela, presentados sobre carros arrastrados por caballos, por mulas ó por bueyes. Sobre aquellos carros tratamos de representar, no sólo el trabajo actual de la escuela, sino